

EL PIANISTA
RECOSTADO
EN EL OPIO

ALEXANDRA RISLEY

EL PIANISTA
RECOSTADO
EN EL OPIO

La historia de Europa,
de un hombre,
de sus adicciones
y de la mujer que podía salvarlo



VESTALES

© Editorial Vestales, 2012

Dirección editorial: M^a Mercedes Pérez

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

PRIMERA PARTE

Risley, Alexandra
El pianista recostado en el opio, 1.^a ed., Buenos Aires: La Educación Sentimental, 2012.
352 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1568-47-5

1. Narrativa. 2. Novela Histórica. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-1568-47-5

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CAPÍTULO I

~

REPETIDO

Taunton, Inglaterra, 1877.

ELLA SABÍA QUE ESTABA PERDIDA; A PESAR DE ESO, CORRIÓ. Corrió con desesperación hasta que el pecho le dolió como si le hubieran propinado una patada bestial, privándola de todo el oxígeno y de una buena parte de sus fuerzas. Las piedras puntiagudas del camino, como filos de espadas, se clavaban en sus pies descalzos. Las ramas de los árboles le arañaban el rostro, pero apenas se quejaba del dolor. Solo se repetía a sí misma que debía huir, aunque se le fuera la vida en ello. Avanzó con pasos veloces, vadeando el bosque denso y laberíntico con la dolorosa certeza de que aquel esfuerzo era en vano. Atravesó las lomas, bajó por los pronunciados desfiladeros, estuvo a punto de resbalar y caer en una ciénaga, pero nada la detuvo. Hasta que sintió como si se hubiese agotado todo el aire del que podía hacer uso.

Sus jadeos se habían transformado en gritos entrecortados; sus piernas exhaustas le imploraban que se detuviera. Ella no estaba dispuesta, sin embargo, a darle concesiones a su perseguidor. Sin detener esa atropellada marcha, osó mirar por encima del hombro para tratar de avizorarlo, pero, al hacerlo, su pie tropezó con una sinuosa raíz de fresno que la envió al suelo en una caída descomunal. La huida estaba truncada.

La mujer sintió un alivio efímero. El dolor le recordó que seguía viva. La pausa le permitió llenar los pulmones con un poco de aire

estival. Se colocó boca arriba para mirar el cielo salpicado de estrellas, todas opacas, mientras se preguntaba adonde iría después de que acabaran con ella. ¿Podría reunirse con sus seres queridos? ¿Podría descansar finalmente?

Fue entonces cuando los pasos secos de su perseguidor estremecieron la tierra. La mujer dio un respingo y levantó la cabeza para mirar al verdugo: ese rostro recién salido del infierno ya la observaba con la habitual frialdad. La bestia era tan amenazante como solo podía serlo un dragón desprendiendo fuego de su garganta; ese cuerpo inhumano era enorme, esos ojos brillaban como el filo de un sable de caballería, dotados de la misma facultad para matar.

Aterrorizada, la mujer reptó por el suelo escabroso con escasas fuerzas, rozándolo con las palmas de las manos y las rodillas heridas, hasta apoyar la espalda en el tronco musgoso de un árbol: su destino final.

No iba a suplicar. Nunca lo hacía porque la lengua que hablaba le era desconocida a aquella bestia. Ella sabía muy bien que se movía por un instinto asesino tan antiguo como la Tierra misma. Los monstruos como él ignoraban el significado de la clemencia. La vista se le nubló, pero no por completo, dado que aún podía distinguir los ojos brillantes y enrojecidos de la bestia. El corazón le latía con una fuerza implacable, consciente de que aquel era el final, pero en ningún momento cerró los ojos. Quería verlo, quería que la viera.

Entonces el verdugo inició la marcha en medio de una espesa nube de polvo.

* * *

Cuando despertó, Emma Dawson tenía la cara pastosa de sudor y las manos aun se aferraban con fuerza a la almohada. Un frágil rayo de luz que se colaba a través de las ranuras de las ventanas cerradas del dormitorio le indicó que era otra vez de día, uno de esos que sobrevienen a una noche en la que no se ha podido descansar lo suficiente.

La joven se obligó a despertarse por completo mientras se frotaba los ojos con ambas manos –como si aquel esfuerzo pudiera ayudarla a disipar los vestigios de un sueño repetido hasta el cansancio–; se

levantó resueltamente. Hizo la cama y se alistó para ir al trabajo como cada mañana.

Mientras observaba su propio reflejo en el espejo del dormitorio se repitió –por enésima vez– que ya estaba grandecita para inquietarse por una pesadilla. Pero ¿cuántas veces en la vida se puede soñar lo mismo con la sensación de que todo es completamente nuevo?

Aquel día era el primero de la cosecha de manzanas en Taunton, una pequeña y aburrida localidad en Somerset, al suroeste de Inglaterra. El verano recién se había instalado; con él habían llegado los ansiados frutos de la tierra que durante meses se habían cultivado con empeño. La tarea última dentro del ciclo productivo consistía en recolectarlos y llevarlos hasta los consumidores finales. Ello suponía un gran esfuerzo físico, más aún para la pequeña sociedad de la que Emma formaba parte, porque todas las integrantes eran mujeres. Aquellas damas, suficientemente tenaces para trabajar bajo el inclemente sol, ponían todas sus esperanzas en pequeñas semillas de manzana, zanahoria, higo y lechuga, a la espera de que se convirtieran en alimentos para ser vendidos en el mercado o a empresarios más sofisticados. Algunas de ellas eran viudas o habían perdido a alguien en la guerra. Habían visto en la agricultura la oportunidad de hacer algo provechoso para alimentar a sus familias. Ese era el caso de Susannah Westwood, la líder del grupo, un alma determinada cuyo esposo había muerto en combate durante una de las tantas rebeliones en la India. Inspirada por esa visión de progreso, Emma había emprendido con Sue aquel pequeño negocio que les abrió las puertas a un trabajo digno.

La esperada cosecha comenzó muy temprano ese junio. Emma contempló satisfecha los manzanos cargados de frutos. Junto a Sue, Rachel, Felicia, Louisa y Anne, las otras trabajadoras del huerto, dio inicio a la recolección. Hileras de árboles serpenteaban a lo largo de las colinas. Se perdían de vista más allá de los páramos de Somerset, donde el sol se elevaba en medio de las nubes con un resplandor naranja. La recolección se hacía de forma manual o con largas pértigas y escaleras para acceder a las manzanas más altas, las más valoradas por antonomasia. En algunos casos, también se sacudían los manzanos hasta que las frutas se desprendían de las ramas y caían en picada para aterrizar en una amplia sábana que cuatro mujeres extendían y

sujetaban por las puntas. Al final de la recolección, las trabajadoras reían y comían frutas hasta ponerse enfermas.

A media mañana, vaciaron las cestas repletas en la carreta que las conduciría al depósito de Sue hasta el día siguiente. Un porcentaje de las manzanas obtenidas era vendido a los fabricantes de sidra y mermelada, mientras que el resto se llevaba directamente al mercado local para ser puesto a la venta detallada.

Cuando terminó la faena de recolección, Emma caminó de vuelta a la ciudad con un intenso calor que parecía derretirle las sienes. El verano de Somerset era uno de los más cálidos de toda Inglaterra. Aquel en especial había llegado con un par de semanas de demora, precedido por tenues lluvias que habían dejado una capa de humedad en las hojas de los árboles y en los techos de los edificios *palladianos* de la ciudad. Cuando el codiciado sol apareció entre las nubes con toda su fuerza, las plazas y parques de Taunton se llenaron de gente ávida de sus rayos. Era bastante común ver a las damas sacarse los zapatos, las delicadas medias y meterse en las fuentes para refrescarse o jugar lanzándose agua entre sí ante la reprobación de la gente mayor, ante las miradas embelesadas de los caballeros. Las familias también hacían picnics en Vivary Park; se asoleaban en el césped mientras los niños acosaban a los vendedores de helados.

Emma sonrió al ver a toda esa gente, consciente de que su manera de refrescarse era infinitamente superior. Caminó hasta las afueras de Taunton. Se adentró en un bosquecillo atravesando hileras de espinos y hayas silvestres. En cuestión de minutos, estaba frente a una laguna de un azul sublime, conferido por el reflejo del cielo. El agua se extendía a lo lejos con petulancia. La invitaba a entrar en ella con suaves movimientos sobre la arena rocosa. Aquel había sido su lugar preferido en Taunton; su paraíso personal, tan privado como si fuera una extensión de su propia casa, pensó. Respiraba el inconfundible aroma a humedad. ¡Al diablo! Estaba cansada, acalorada y no había un alma cerca de allí. Se quitó los zapatos mirando a todas partes, convencida de que estaba sola, como siempre que acudía allí. Se despojó cuidadosamente de la falda, de la blusa, de las enaguas. Las colgó en una rama sobresaliente de uno de los arbustos cercanos a la orilla. Caminó en puntillas para sortear las piedras. Hundió la punta del pie en el agua para medir la temperatura. Cálida pero refrescante. Se su-

mergió lentamente, esperando que aquel suave calor aliviara todas sus dolencias. Sus músculos tensos agradecieron el regalo.

La brisa sopló con fuerza. Emma sintió una ráfaga fría e incómoda en la cara. Se hundió completamente. Cuando el calor la arropó, regresó a la superficie para desenredar sus largos cabellos negros mientras el agua le resbalaba por el cuerpo. Entonces, recordó la pesadilla de esa mañana. Había tenido aquel sueño desde la infancia. Solo había sufrido unas cuantas variaciones con el pasar de los años. Ella estaba sola, a merced de una bestia repugnante y desalmada que la acorralaba para matarla. Tenía miedo. No había nadie más allí a quien recurrir. Sus padres ya no estaban. Había empezado a pensar que aquella era una visión de su propia muerte. La joven cerró los ojos ante aquella idea tan pavorosa. Comenzó a dar brazadas para alejarse de la orilla; dejaba que el agua cálida, comparable solo con la de las termas romanas de Bath, le relajara los músculos.

Disfrutaba desde hacía un rato de la tranquilidad que le confería aquel sitio solitario cuando un grito a lo lejos la devolvió bruscamente a la realidad. Emma percibió una áspera voz masculina que emitía un llamado, a pesar de lo cual no lo logró distinguir ningún nombre en particular. El eco se oía lejano, pero contundente.

Con una sorpresa pasmosa, recordó que era temporada de caza. Se sintió increíblemente estúpida. Ser descubierta por una manada de cazadores bañándose desnuda en aquella laguna no era una idea agradable. El pensamiento la impulsó a salir disparada del agua y a vestirse aprisa mientras discutía consigo misma. Cuando tuvo toda la ropa puesta se marchó, a pesar de que no se volvió a escuchar la voz. Debía ser más prudente la próxima vez que acudiera a ese lugar, si realmente iba a haber una próxima.

* * *

A la mañana siguiente, Susannah y Emma descargaron parte de la extraordinaria cosecha en el pequeño puesto del mercado de High Street. Desplegaron las enormes y jugosas manzanas a lo largo del mostrador. Con sus movimientos exagerados, llamaron la atención de los compradores. Las mujeres se miraron satisfechas mientras que en los bolsillos de sus delantales tintineaban los chelines y las voces ávidas de

los consumidores las abrumaban. En menos de cuatro horas todo se había vendido.

—¡Mira esto! —exclamó Sue—. No puedo creerlo, es la primera vez que se nos termina toda la mercancía en una mañana.

—Ojalá ahora nos quejemos menos —murmuró Emma sonriente mientras colocaba una nueva línea de manzanas en el mostrador de madera rústica.

—Si nos va así de bien el resto del mes, podrías pagar las cuotas atrasadas de la hipoteca de tu casa —le dijo Sue.

La joven recordó la incómoda y perpetua deuda que aún poseía la vieja vivienda heredada. Parte de la alegría se le desvaneció. Hizo una mueca de disgusto sin levantar la vista del mostrador. Su amiga le lanzó una mirada reprobatoria.

—¡No me digas que lo has olvidado! —le reclamó.

—Soy buena para olvidar las cosas que me causan pesar —bromeó. A Sue no le pareció divertido—. Voy a pagarla, no tengo intenciones de ir a la cárcel, no ahora que tenemos tanto que hacer. Este dinero será para deshacerme de ese molesto recordatorio de lo pobre que soy.

—Vaya herencia la del capitán.

—Lo sé —masculló Emma mientras le sacaba brillo a una fruta con uno de los extremos de su delantal.

Fue entonces cuando un sonido estruendoso las hizo girar la cabeza en la misma dirección. Emma vio un contenedor de manzanas venirse abajo y estrellarse contra el suelo de piedra con un sonido de cañón. Las frutas rodaron por doquier. Las mujeres que pasaban por allí chillaron espantadas. Una de ellas resbaló después de pisar una fruta. Todo el caos era por culpa de un desharrapado ladrón fugitivo, de los muchos que merodeaban por el mercado durante la hora más congestionada de las compras. El muy torpe se había arrojado desde el techo de uno de los establecimientos. Había aterrizado sobre el puesto de las mujeres.

El bandido salió ileso. Solo necesitó sacudir la cabeza para recobrar el conocimiento. Se puso de pie como si nada. Sin duda, el muy sinvergüenza estaba acostumbrado a llevar golpes.

Entonces, antes de retomar la huida, el bandido recogió unas manzanas del suelo. Se las enfundó en la sucia y desgastada pelliza

marrón. Incluso tuvo tiempo de morder una, lo que hizo que Sue y Emma, que aun lo miraban boquiabiertas, emitieran un respingo de incredulidad. Luego, el ladrón echó a correr entre la gente. Emma apretó los puños con indignación. Era más de lo que podía soportar. Las mujeres del huerto acostumbraban a obsequiar alimentos a la gente necesitada. Nunca se habían negado a ayudar al prójimo, pero tampoco eran tolerantes ante robos tan descarados. Aquella vez no iba a ser la excepción. Ese miserable no podía irse tan feliz después de haberles arruinado el puesto.

Impulsivamente se puso de cuclillas, tomó una de las manzanas que todavía rodaban por el suelo. Después de ponerse de pie, la arrojó en la dirección en la que había huido el desfachatado ladrón, como si se tratase de una lanza mortal. No se percató de lo que había más adelante. A unos diez metros de distancia, un sombrero voló sobre las cabezas de los transeúntes. Su “lanza mortal” había impactado contra alguien, de eso estaba segura, pero no había sido contra quien acababa de robarle cinco manzanas en su propia cara. Entonces, la gente comenzó a agolparse alrededor del caído mientras se elevaban murmullos conmocionados.

Emma sintió un violento escalofrío de culpa y vergüenza. Se llevó las manos a la cara para cubrírsele, como si así pudiera deshacer la terrible torpeza que había cometido. Por Dios, ¿en qué estaba pensando? ¿Cómo podía ser tan estúpida, inconsciente e impulsiva? Por un instante, pensó en huir, tal como lo había hecho el odioso ladrón, pero descartó la posibilidad en el acto. Sabía que aquella no era una conducta apropiada para una mujer sensata como ella. No iba a escapar cobardemente como la persona a la cual había intentado castigar. Corrió hacia su víctima esperando una oleada de insultos. Cuando llegó hacia donde había caído, se inclinó ligeramente. Le pidió disculpas tratando de sonar convincente.

Y entonces lo vio.

Era un caballero. Estaba inclinado hacia adelante, con la palma de una mano apoyada en un muslo y los ojos cerrados intencionalmente para tratar de sobrellevar el dolor. Parecía un poco desorientado. Una leve mueca se le dibujaba en el rostro mientras se frotaba la sien con finos dedos largos.

—¿Pero se da cuenta de lo que ha hecho? —rugió una voz masculina.

Emma se percató de que el caballero no estaba solo. Otro hombre joven, de cabello rubio ensortijado y ojos azul pálido lo acompañaba. Parecía amargado, como lo reflejaba la pronunciada arruga en el medio de su frente.

—Lo siento mucho —logró decir. El calor le subió a las mejillas.

Entonces, el caballero herido se irguió al tiempo que sus ojos se abrían con repetidos parpadeos. Un exquisito brillo de esmeralda se abrió paso tras un abanico de pestañas oscuras y espesas. Era un color tan chispeante, cálido y desconcertante que Emma olvidó por un segundo dónde estaba. Él la observó confundido, tal vez porque no imaginaba la razón para que aquella insolente lo mirara con semejante escrutinio después de casi romperle la cabeza. Ella volvió a la realidad. Apartó la vista avergonzada. Se acordó de lamentarse por el lío en el que estaba metida.

—¿Está usted bien?

—¿Que si está bien? —se apresuró a contestar el otro caballero—. ¿No lo está viendo? Señorita, ¿tiene usted idea de...?

—Carl, Carl, deja de balbucear y dime qué ha pasado —murmuró el herido.

—Esta mujer acaba de lanzarte una piedra. Eso ha pasado.

—No era una piedra. Era una... manzana —corrigió ella.

Henchido de furia, el caballero herido frunció el entrecejo y le lanzó una mirada encolerizada. Emma pudo contemplarlo con mayor claridad. Era alto. Su piel estaba tostada por el sol. El abundante cabello color chocolate había sido peinado armoniosamente hacia atrás; resaltaba unos rasgos simétricos, finos y estilizados. Era casi irreal. Había golpeado como una salvaje al hombre más atractivo que había visto jamás.

—Una manzana... —repitió él horrorizado—. ¿Qué clase de loca se pone a lanzar manzanas en un mercado lleno de gente? —preguntó palpándose la sien con los dedos.

La joven vendedora vio que aquellos ojos verdes echaban chispas. A su alrededor se agolpaban más y más curiosos como avispa. El otro hombre se apresuraba a despacharlos, como si lo último que deseara fuera llamar la atención.

—Señor, lo siento mucho —respondió encogiéndose mientras veía la manzana de la discordia atenazada entre dos costales en el puesto de granos del señor Mercury—. No lo hice intencionalmente. Le prometo que pagaré sus gastos médicos.

La respuesta de Emma le hizo gracia, a juzgar por la amarga carcajada que le sobrevino. El hombre frunció el entrecejo con curiosidad, se cruzó de brazos, la observó pensativo. Había empezado a mirarla con desconcierto, lo que la incomodaba.

—¿Quién la envió? —preguntó el otro en un susurro sombrío.

Emma paseó la vista entre los dos hombres sin comprender la pregunta.

—¿Qué?

—Carl, no.

—Llamaré a un policía ahora mismo —insistió el aludido.

Emma se quedó lívida. ¿En serio pretendían que fuera a la cárcel por lanzar una manzana? ¿Qué clase de miserables eran esos dos? Miró a su alrededor con la esperanza de que alguien saliera en su defensa, pero los demás vendedores no hacían más que mirarlos desde el otro lado de los aparadores, como si fueran espectadores de una puesta de teatro callejero.

—¡No, por favor! —suplicó ella—. ¡No tiene por qué llamar a la policía, señor! ¡Ha sido un accidente!

El hombre al que había golpeado continuaba impasible. La miraba de esa forma extraña, como si estuviera intentando formarse un juicio sobre su persona.

—¡Baje la voz! —siseó el rubio.

—¿Bajo qué cargos espera que me arresten? —preguntó ella sin hacerle caso.

—¿Le parece bien alteración del orden público y agresión física? Emma le dirigió una mirada glacial.

—¡Fue un accidente! —insistió.

Emma pensó que si aquello no funcionaba, entonces, cuando el irritante hombre regresara con un policía, podía explicarle que un ladrón fugitivo había extraído algunas manzanas de su puesto y que ella se había visto en la obligación de lanzar una fruta para golpearlo. La explicación sonaba tan estúpida que dudó de que alguien pudiera creerle.

—¡Carl, espera! —exclamó el hombre golpeado, sin apartar sus ojos de ella.

Entonces parpadeó como si la viera por primera vez. Luego la escrutó con una seriedad ceremonial, como si fuera un botánico que acababa de descubrir una rara planta.

—Lo siento, no debí haber reaccionado así. Le ruego que me disculpe, señorita —Su voz ahora le sonaba profunda, suave y gentil—. Supongo que es mi mala suerte —añadió con una sonrisa.

Emma se le quedó mirando sin comprender. ¿Ahora quería ser amable con ella? ¡Qué hombre más extraño!

—No, soy yo la que debe disculparse —insistió—. He sido muy torpe. Lo que trataba de decirle era que quería golpear a un ladrón.

—¿Un ladrón? Vaya que era rápido, ni lo vi pasar —dijo él mirando a ambos lados en busca del rastro del bandido.

De pronto, Emma se fijó en que el caballero vestía bien, de hecho muy bien. Llevaba un traje azul y una corbata gris anudada sobre una fina camisa. En la mano izquierda, sostenía un bastón con empuñadura de plata grabado. También se fijó en que se había relajado.

—Lamento mucho que la hayan asaltado, señorita. Ahora me siento culpable porque le impedí tomar venganza cómodamente —bromeó—. ¿Le han quitado dinero? Podríamos hablar con la policía y presentar los cargos. Ese bandido no debe de estar muy lejos.

—No es necesario. No me han robado dinero en lo absoluto. Fueron solo un par de manzanas de mi local. No es nada —aclaró. Le señaló el puesto de verduras donde Sue y Rachel aun recogían los destrozos.

—Oh —murmuró—. Ya veo.

El caballero frunció el ceño. Después carraspeó suavemente. Emma detectó un ligero aire de desconcierto e incomodidad en su postura. Se preguntó si no le habría hecho un daño mayor del que él dejaba ver.

—Bueno, si no es nada, entonces podríamos continuar con nuestro camino —intervino impacientemente el otro caballero, cuya presencia Emma había olvidado por completo.

—Vaya, ¡que descortés! No me he presentado —dijo el que había sido golpeado con un gesto un tanto dramático.

En un acto reflejo, Emma se llevó las manos a la espalda para evitar que el hombre tomara alguna en un gesto de caballerosidad. Naturalmente, sus uñas estaban sucias después de manipular tantas frutas lodosas. De hecho, toda ella debía de estar hecha un desastre.

—Mi nombre es Harry Zittlemann —dijo él con una solemne reverencia, como si estuviera saludando a una princesa.

“Harry Zittlemann”, se repitió ella como poseída.

—Es un placer conocerlo. Mi nombre es Emma Dawson.

El sonido de su nombre lo hizo sonreír. La joven observó que sus labios eran carnosos, curvos. Detrás de ellos resplandecían unos dientes perfectamente blancos.

—Este es Carl Arterton, un viejo amigo —agregó en referencia a su glacial compañero.

—Mucho gusto, señorita —masculló el aludido con total desdén.

—Sé que esta circunstancia no ha de ser muy placentera para ustedes —observó Emma—. Dígame la verdad, señor Zittlemann. ¿Se encuentra bien?

—No fue nada, ya se lo dije.

—Me temo que se hace tarde —recordó el señor Arterton después de consultar su reloj de cadena.

—Desde luego —convino Harry. Miró a lo lejos y luego volvió su vista hacia Emma—. Hasta pronto, señorita Dawson. Espero verla de nuevo un día —dijo seriamente mientras le sacudía el polvo a su sombrero y se lo colocaba de nuevo. Después hizo un ademán, como si se retirara, pero luego se volvió para mirarla de nuevo—. Tal vez pueda enseñarle algunos trucos para no fallar la próxima vez.

“Tal vez no lo hice.”

Emma sonrió con sorna. Se quedó viendo cómo Harry Zittlemann se marchaba de aquel lugar en el que no encajaba en lo absoluto. Cuando aquel misterioso hombre hubo desaparecido entre los ordinarios rostros del mercado, la joven sacudió la cabeza como si recién hubiera despertado de un sueño.

Le costó demasiado darse vuelta para regresar al puesto y encontrarse de nuevo con Sue y Rachel. Las mujeres la miraron expectantes mientras terminaban de levantar las últimas frutas del suelo.

Ella no podía creer la suerte que había tenido al toparse con un hombre como Harry Zittlemann.

—¿Qué fue eso? —preguntó Sue irritada—. ¿Desde cuándo actúas como una loca?

—Lo sé, estoy tan avergonzada. Al parecer, me perdonó.

—¿Quién era? —inquirió Rachel—. ¡Sí que tienes buena puntería!

—Se llama Harry Zittlemann, no sé nada más. Se portó bastante amablemente a pesar de que casi le reviento la cabeza con esa manzana.

—¡Ay! No es para tanto —masculló Sue.

—¡Por cierto, gracias por la ayuda! —añadió Emma con sarcasmo.

—¡Cariño, estábamos recogiendo el desastre! ¡La gente pisaba la mercadería! —replicó Rachel.

—No te preocupes, esos dos deben de estar de paso —intervino Sue—. Jamás los había visto. No creo que sean de los que vienen al mercado los viernes. Mejor será que alguien vaya a buscar un martillo y unos clavos para ver qué podemos hacer respecto a eso —añadió en referencia a los pedazos del puesto apiñados en una esquina del mercado.

* * *

Mientras trataban de remendar el tablero de las verduras, Emma se preguntaba si realmente estarían de paso aquellos caballeros. Nunca había visto a Harry Zittlemann por la ciudad. De haberlo hecho alguna vez, con toda certeza lo habría recordado. ¿Quién era entonces y de dónde había salido? No tenía acento extranjero; tampoco su amigo. Poseía, por otro lado, una entonación aristocrática que a muy pocas personas les había escuchado en aquella localidad. Probablemente fuera uno de esos comerciantes navieros que a veces se dejaban ver por el centro de Taunton, o habría llegado para participar del Festival de Saint Maur que se celebraría ese fin de semana en Vivary Park.

Cuando pudo concentrarse en otra cosa, se dio cuenta de que ya era de noche. Estaba sentada a la mesa. Se ocupaba de las cuentas del negocio. En efecto, había sido un día muy productivo. Habían vendi-

do en una jornada lo que en otras temporadas les había tomado una semana. Por un momento, Emma pensó que Sue podía tener razón. Si lograban mantener esos balances, a finales de mes tendría suficiente para pagar varias cuotas de la hipoteca. Podría aliviar esa deuda de años. El día siguiente fue casi tan bueno como el anterior. Todas las frutas y verduras volaron de los mostradores antes del mediodía. El dinero que habían ganado prometía cubrir los gastos de una próxima siembra. Emma comenzó a creer que la hipoteca de su casa pronto dejaría de ser un problema.

Sin embargo, no todo era felicidad. No vio a Harry Zittlemann en todo el día. Se había pasado la jornada mirando inconscientemente a todos lados, pero solo había visto las caras de siempre: las de ancianas quejándose por los precios de los alimentos, las de otros vendedores hostiles respondiendo con afilados discursos contra la ley de cereales que se estaba discutiendo en el parlamento.

Tal vez Sue tuviera razón: él solo estaba de paso. Tal vez ya se había marchado para reunirse con su prometida o esposa para continuar haciendo lo que sea que hiciese en ese mundo distante del de ella. Debía de estar casado, era lógico, pero Emma no había tenido tiempo de echar un vistazo para detectar un anillo de matrimonio.

“Espero verla de nuevo un día.” Aquella bien podría haber sido una frase de cortesía que repetía a todas las damas que conocía por el camino. Tal vez Harry Zittlemann solo había tratado de ser amable con ella —más de lo que merecía, después de su penoso comportamiento— y ya había olvidado el incidente con la manzana que había estrellado en su frente. Probablemente se había olvidado de ella también. ¿Por qué habría de recordarla? Si lo hiciera, a lo mejor lo haría con resentimiento. Emma Dawson sería para Harry “la loca de la manzana”. Se obligó a pensar que, después de lo sucedido, la actitud más correcta y saludable sería simplemente agradecer la suerte que había tenido al conocerlo.

Las manzanas, las zanahorias y la lechuga fresca continuaban vendiéndose como si fueran los últimos manjares de la temporada. Emma tomó una fruta del mostrador y la observó con detenimiento. ¿Cuán fuerte podría golpear? Los recuerdos del accidente le sobrevinieron. Fue consciente de que él podría seguir herido. Lo más seguro era que tuviera un buen moretón en su hermosa frente. Sin duda, el

peor recordatorio que podía dejar a alguien, pensó mientras suspiraba con amargura.

—¿Te sientes mal? —inquirió Sue.

—Estoy algo cansada.

Emma se frotó los ojos con el dorso de la muñeca hasta casi hacerse daño. Se había levantado a las cinco de la mañana. Desde entonces, había estado de pie frente al mostrador.

—Bueno, ya terminamos. Ve a descansar —le dijo.

Sabía que debía estar feliz ante la idea de que el negocio creciera, pero por alguna razón no lo estaba.

CAPÍTULO 2

~

ACCIDENTE

—¿**A**DÓNDE VAMOS?
Emma contempló el abarrotado centro de la ciudad desde el pescante de la carreta de Sue. Los preparativos del Festival de Saint Maur tenían a medio Taunton de cabeza. Pasaron por las estrechas calles con una lentitud inverosímil sorteando bicicletas, animales de carga, carruajes mal estacionados y turistas distraídos en busca de posada. Llevaban decenas kilos de frutas y vegetales para entregar. Mientras Sue les gritaba a los transeúntes para que se movieran del camino, Emma se preguntó una vez más a dónde se dirigían. Hacía tiempo que no vendían a domicilio.

—¿No vas a responderme?

—Ten paciencia —pidió Sue mientras lidiaba con la brida.

Después de evadir el pesado tráfico, se alejaron por el Norte; recorrieron grandes colinas por donde bajaban desordenadamente decenas de ovejas. Cuando el camino comenzó a tornarse recto y apacible, Sue detuvo la carreta. Señaló un punto situado a unos dos kilómetros en el horizonte. Emma siguió la dirección y aguzó la vista. No era posible. Miró a su socia con escepticismo.

—¿El castillo de Argyll Manor?

Sue asintió con una leve sonrisa.

—Suerte que tengo una amiga que trabaja allí. Ella nos recomendó. ¡Si todo sale bien, seremos proveedoras! —exclamó.

El castillo era la casa solariega de George Campbell, octavo duque de Argyll, un reconocido miembro de la realeza que habitaba